

Presentación del libro

Gracias a la vida

de Graciela Hierro

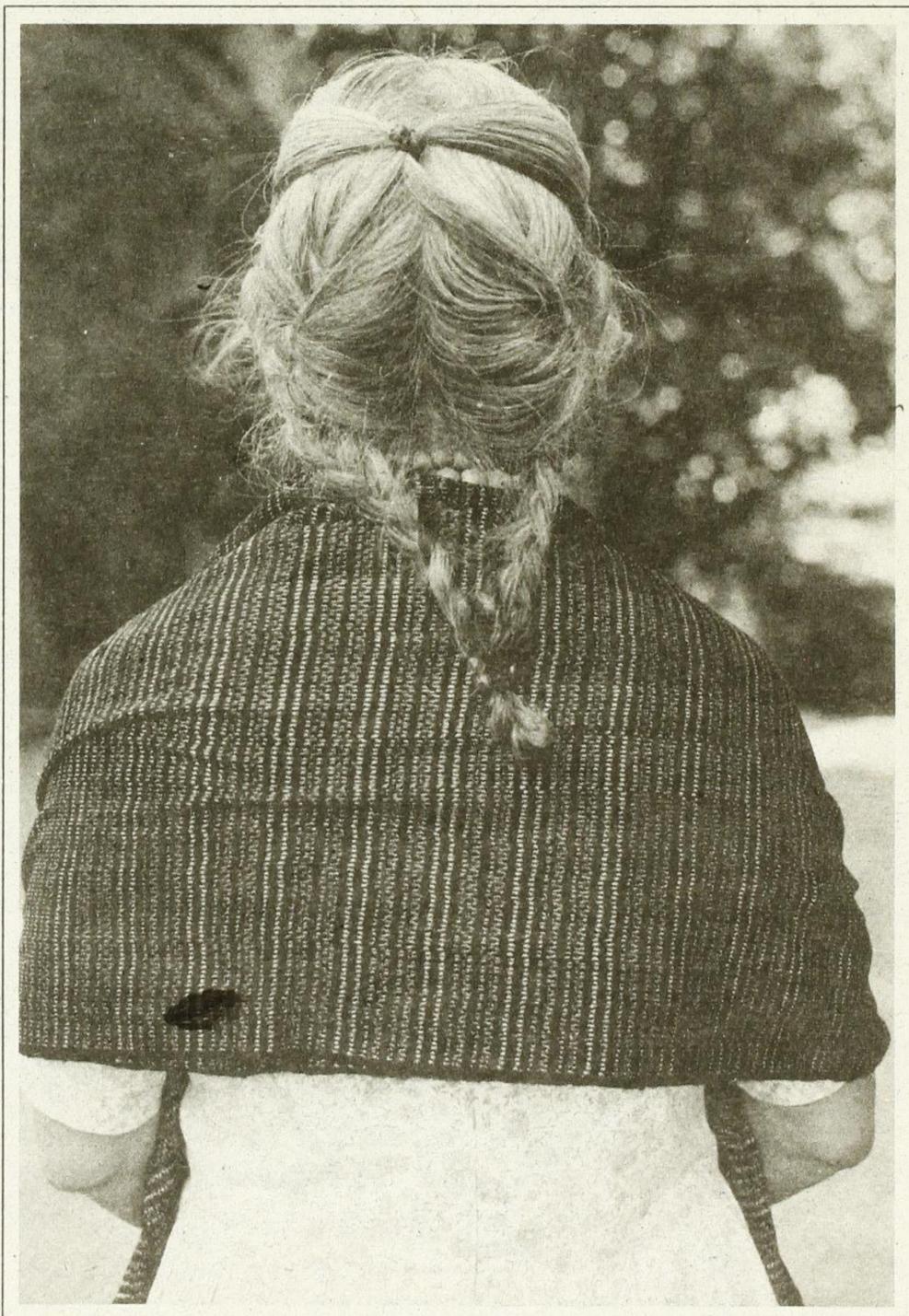
Angélica Salmerón

El libro que nos ocupa tiene como tema la vida. De ahí su título, *Gracias a la Vida*. Su autora, Graciela Hierro, es una filósofa feminista mexicana. Tenemos así que en el texto se entretije el testimonio de la trayectoria existencial de una mujer que no sólo se ha atrevido a vivir como tal sino que ahora, se atreve a “vivir en voz alta”. Este es pues el fin de las *memorias* que convertidas, si se quiere, en *confesiones*, comunican una historia y un proyecto de vida a través del cual se invita también a la íntima reflexión que constituye en sentido estricto vivir.

En efecto, si partimos de la pregunta que la propia autora se formula: ¿Para qué escribir memorias? Y si seguimos su respuesta encontramos las cuestiones fundamentales que al parecer encierran en su seno la importancia no sólo de escribir estos recuerdos, sino el de comunicarlos. En primer término su relevancia remite a la frase socrática: “una vida no reflexionada no merece la pena de ser vivida” misma que es interpretada por Graciela en el sentido de que vivir y reflexionar sobre lo vivido ayuda a vivir mejor lo nuevo, también ayuda a comprender lo que tal vez de otra forma no tendría sentido, y, finalmente, conduce a integrar todo a la vida. La reflexión es pues el eje de la vida, es decir, que la existencia se hace viviendo y pensando en torno a uno mismo. Pero, en segundo término,

dado que la vida es de suyo finita, esta reflexión que se torna en memorias adquiere su último sentido en la reflexión en torno a la muerte, y seguramente por ello concluye la autora que “tal vez se escriban memorias para no morir del todo”.

No puedo dejar de recordar bajo esta significativa frase a don Miguel de Unamuno,



Daniel Correa Rojo

autor obsesionado de tal forma con la vida que afirmaba no darle la gana de morir y que por ese motivo escribía, justo para permanecer aunque fuera sólo en la memoria de los hombres, inmortalidad que para él no era de bulto sino de sombra pero, al fin y al cabo una forma de inmortalidad. Unamuno pensador subjetivista e individualista dejó testimonio de sí en toda su obra y, en toda ella el pensamiento recurrente es siempre la muerte, la muerte a la luz de la vida que tanto se ama; de ahí justo la angustia existencial ante la nada. Graciela Hierro confiesa también su temor a la muerte: "Aprendí que todos los seres vivos tememos a la muerte, que la muerte es el mal cuando se ama la vida", por eso ella tampoco se quiere morir y apunta aquí las palabras que su madre le decía: "Será pecado, pero yo no quiero morir". Pero, ¿qué significa morir?, ¿qué es lo que sentimos y pensamos cuando reflexionamos en torno a la muerte? Graciela siente y piensa que el mundo, su mundo, comenzó con ella y terminará el día en que muera; la muerte en efecto no puede ser sino un mal cuando se ama la vida. Sin embargo, esta conclusión no la conduce al pesimismo pues, puede notarse que hay en esta reflexión final también un canto de alegría, de armonía vital por una existencia intensamente asumida que le obliga a traer los versos del poeta: "Vida nada me debes, Vida estamos en paz", y es que a fin de cuentas, para nuestra autora, ciertamente ha valido la pena vivir. En efecto, no de otra manera podría entenderse que titulara su texto con este "gracias a la vida" que no es sino el himno mismo con que canta a la irrepetible experiencia de existir y sobre todo de existir en un acto de reflexión constante.

Y cabe ahora recordar aquí a san Agustín, quizá al padre del género confesional que son las memorias, para insistir en el hecho de la introspección como método de la reflexión vital que constituye de suyo a toda persona. La personalidad de Graciela Hierro es recuperada al hilo de su discurso memorístico que nos revela en el horizonte su vida interior y nos propone un tema siempre acuciante y primordial: la propia vida. Volver hacia el fondo de sí mismo y preguntar por el propio ser y destino, dibujar el proyecto existencial de una vida que sigue el curso de sus propias elecciones y asume su responsabilidad frente a ellas, haciendo coincidir el centro de su disquisición con la propia personalidad. Ciertamente que la autora se dirige a sí misma y desde ella a todos los que la leemos: se dirige a la inteligencia y al

corazón porque desde ambos lanza su voz atreviéndose a decir lo que siente y lo que piensa; la razón y la pasión de Graciela enmarcan el contorno de su personalidad. La autorreflexión, característica suma de las memorias encuadran en el entusiasmo y el ímpetu vital que reconoce la difícil tarea de existir sin amedrentarse por ello. Y de ahí también el "gracias a la vida" que permite siempre ir hacia delante mientras este mundo nuestro no termine.

La vida, pues, que se entrelaza forzosa-mente con la muerte son el motivo último de estas confesiones: reflexionar sobre la existencia y su sentido, acercarnos temerariamente hasta el último destino mortal que nos constituye, delinean y conservan a lo largo del texto la historia de una mujer que ha vivido y agradece con todo su ser la oportunidad que ha tenido de ser ella misma: mujer de mil intentos e intenciones que a lo largo y a lo ancho de su mundo ha sabido llegar a la edad madura, último regalo de la vida.

Ambas cosas, con sus matices y a su modo, señalan claramente en la intención de Graciela Hierro que las memorias, sus memorias, pueden ser consideradas como un ejercicio vital, búsqueda de intensidad reflexiva en las que no sólo relata o reseña los aspectos externos de su vida sino que más allá de ello, en el hecho del relato mismo de la subjetividad e individual personalidad, la autora se juega también la existencia. Las memorias son pues cosa seria y no podemos acercarnos a ellas sólo por la curiosidad que tal o cual personaje puede producirnos, pues los hechos externos son lo que aquí menos importa; lo vital, lo verdaderamente importante, es el acercamiento al desarrollo interno de la vida.

Por ello, si las memorias se escriben para reflexionar sobre la vida y para no morir del todo, de igual modo, hay que decir que para ello también habrían de leerse. En efecto ¿para qué leer memorias? Yo diría que para reflexionar sobre la vida de los otros, de la vida de aquellos que se <atreven> a escribir sobre sí mismos. Y, también cabría decir que leemos memorias para no morirnos del todo, pues, en las remembranzas de otras vidas construimos nuestra propia memoria disparándola hacia vidas diferentes, recreamos mundos y situaciones ajenos que nos permiten vivir un poco más reviviendo la vida de los otros. Escribir y leer memorias es pues un ejercicio vital, en el que todos, autores y lectores nos jugamos de continuo la existencia. *Jhm*